

V CONCURSO DE ESCRITURA Y ORALIDAD EN TIEMPOS DE WIÑOL TXIPANTÜ



LA
UNIVERSIDAD
DE LA FRONTERA
SE UNE A WIÑOL
TXIPANTÜ 2023

Tercer lugar

Generando vínculos

Apenas mis superiores me concedieron la autoridad para estar a cargo del reportaje del año nuevo mapuche, después de haberles insistido tanto, hice los malabares necesarios para viajar al sur de Chile. Pedimos el permiso que hacía falta al lonko de la comunidad y logramos instalarnos en la ceremonia. Mientras examinaba el Rehue que estaba en el centro y a las mujeres con el trapelakucha que tintineaba cuando caminaban, hubo una señora que se acercó para ofrecernos sopaipillas y catuto que cargaba en un canasto de paja.

Masticando aún, pretendí hacer comentarios para adularla, ella rió y luego negando con la cabeza me dijo que no los había cocinado ella, de sus labios arrugados salió el nombre de Eugenia Ancamil. Me explicó que era una anciana que vivía a unos veinte kilómetros de aquí, sola, postrada en una silla de ruedas, medio ciega, medio sorda, con seis hijos ausentes y un esposo fallecido.

Como ganar el bingo o encontrar la última pieza de un rompecabezas tuve la certeza de que había hallado aquella historia que coronaría mi reportaje. Sin poder disimular mi ansiedad me movía en círculos y me frotaba las manos en un intento de saciar el hormigueo que sentía en la piel. Era imposible que me quedara tranquila, la historia estaba allá, a solo unos kilómetros, a solo unos minutos si me subía al furgón. Hablé con mi equipo, quienes mostraron sus quejas, no obstante, accedieron, se resignaron.

Un par de preguntas en la ruta y logré llegar a la choza donde vivía, ya desmoronándose y con la maleza trepando por sus paredes húmedas. Reuní algunas de nuestras provisiones e improvisé un canasto familiar, toqué la puerta y después de escuchar un traqueteo tuve ante mí a doña Eugenia, quien me invitó a tomar asiento. Sintíendome a gusto, le expliqué el motivo de mi visita, embelleciéndola un poco y luego, sin preguntarle, acomodé mi cámara y comencé a grabar. Ella a través de sus ojos casi muertos me observaba con un detenimiento que me ponía incomoda, sobre todo porque lo hacía en silencio.

Empecé la entrevista con preguntas ligeras, pero la furia que sentí por sus silencios y respuestas cortas hizo que trepara rápidamente a preguntas que sinceramente venían de mi morbo, pero ni aun así lograba que su expresión cambiara. Y comencé a desesperar, a aludir directamente a la desgracia en la que estaba inmersa, a lo cruel e injusto que era su situación actual, al profundo odio y tristeza que debía sentir y a que iba a morir en ese estado en cualquier momento. Quería que aquella mirada, implacable, flaqueara y llorara frente a mí, quería grabar el cómo se restregaba las manos en su piel arrugada. Sin embargo, no obtuve nada de eso, ella simplemente observó como enloquecía, como le gritaba y la apuntaba con el dedo, como mi cara se perlaba de sudor y de golpe me levantaba del asiento para encararla, como me percataba de mi error y volvía a sentarme, con la respiración agitada y apretando los puños de la humillación que sentía como agujas en la garganta.

Ella rompió el silencio, empezó a contarme el por qué vivía de esa forma. Como era de esperarse se casó joven y con un hombre mucho mayor que ella, con el que tuvo seis hijos. Me habló del rencor de la primera violación y de las noches de insomnio en las que se prometía acabar con él, pero que nunca llegaban, también de la vergüenza que sintió por tenerle miedo a su puño. Con la voz rasposa me comentó lo enferma que eso la había puesto, y luego me

preguntó con quién creía yo que ella se desahogaba, la respuesta era clara: sus hijos. Aunque odiaba a su esposo, al final terminó haciendo las mismas cosas que detestaba de él, provocando que cuando sus retoños la superaron de estatura abandonaran el hogar, casi como fantasmas. Más tarde vino la muerte de su esposo, el término de la tormenta. Con el tiempo y la soledad pudo pensar largamente en el desprecio que le tenía al mundo. Pudo patear piedras, escupir al suelo, llorar mientras se bañaba y susurrar los nombres de quienes le hacían falta mientras se escondía en las sábanas. Hasta que quedó cansada y vacía, lo que dió paso a una temporada donde estuvo reflexionando y arrepintiéndose, y comprendiendo que sus hijos habían huido de quien los frenaba en ese entonces, de quien los pisoteaba, por eso mismo no les guardaba rencor, aunque tampoco tenía la esperanza de que volvieran. Y cesó de golpe su historia, ya no mirando dentro de sus recuerdos sino directamente a mí, que temblaba y luchaba en vano por no llorar frente suyo. Maldije internamente porque a pesar de las cataratas que le cubrían los ojos ella pudo percatarse de mi estado. Me sentía ridícula.

Ella tomó mis manos para que destensara el puño, palpándolas y acariciándolas con el pulgar. Me dijo cuan agradecida estaba de poder contarme su historia y que yo la escuchara, que no tenía que sentir lástima porque ella aún podía hacer muchas cosas. Y yo sujeté sus manos con fuerzas y le di unas disculpas sinceras, que me salieron de las entrañas, mientras le besaba las manos callosas de toda una vida de trabajo. No tuve el valor de pedirle que me perdonara, ni de decirle que la mirada de afecto que me dedicaba me lastimaba. Por fin me levante de mi asiento y la envolví en mis brazos, espere un rato para que ella pensara lo que quisiese. Quería que pretendiera que eran sus hijos quienes la estaban abrazando y diciéndole que la perdonaban, por lo menos eso quería entregarle, y quizás así fue, pues la sentí temblar en mis brazos.

Carla Rivera Barrientos
Estudiante
Carrera Contador Público y Auditor

ORGANIZAN:



SOMOS DDE

